



EL CRONISTA FRANCISCO TARAFÁ EN LA CORRESPONDENCIA DEL CARDENAL GRANVELA

En el número 52 de *Avisos* (enero-marzo 2008), bajo el título «Elogio de Francisco Tarafa, primer español poseedor de un ex libris, en la colección del cardenal Granvela», se editaba una carta del cardenal Morone, fechada en Roma el 25 de enero de 1556. Su contenido incluía una recomendación del cronista catalán y no faltaban palabras de encomio. También fechadas en Roma, en el mismo año de 1556, se conservan dos cartas de Tarafa a Granvela, ambas encuadenadas en el manuscrito II/2307. La que se edita a continuación, del dos de enero, alude a sus crónicas, la que tenía ya publicada y en la que estaba trabajando; la otra, sin referencias librarias ni alusiones a su laboreo, ocupa los folios 75-76v del volumen y está fechada a treinta y uno del mismo mes.

Por la primera sabemos que hubo más correspondencia entre ambos y que el sobrino de Tarafa se debía encontrar al servicio directo del borgoñón, pues informaba a su tío de la lectura que hacía Granvela de la crónica sobre el origen de los reyes de España, aparecida en latín en 1553 en Amberes, en la imprenta de Stelsio [*De origine ac rebus gestis Regum Hispaniae liber, multarum rerum cognitione refertus*], y traducida al vernáculo pocos años después, para que la publicase en 1562 el taller barcelonés de Claudio Bonart con el título de *Crónica de España... del origen de los Reyes y cosas señaladas della y varones illustres*. El encargado de trasladarla al español fue entonces Alonso de Santa Cruz pero el propio impresor, en una actitud humanista más propia de los impresores de las décadas previas, incorporó adiciones. Durante su canongía en la catedral barcelonesa se ocupó Tarafa de otras crónicas, como la extensa de los *cavallers catalans*, no editada hasta 1952/54. Colaboró también con Joannes Vaseo en unos *Rerum Hispaniae memorabilium annales*, aparecidos en Colonia en 1577.

La siguiente carta es un ejemplo más de la relación existente entre el hombre de Estado y los historiadores de su tiempo, y que, más allá de lo formal, muestra los intereses del prelado como lector.

II/2307, fols. 1-2v

[Carta de el canónigo Francisco Taraffa al cardenal granvela]. (Roma, 2 /01/1556).

Muy Illustre y Reverendísimo señor,

de Génova, viniendo a esta corte a los 26 de octubre, scriuí dándome por seruidor a vuestra señoría reverendísima; a más de ser deuido esto de todos a vuestra señoría, tengo yo particular obligación a ello por ayudar a mereçer a Marco Antonio Taraffa, mi sobrino, las muchas más que confiessa hauer recebido en esta casa y, quando esto no fuesse, qualquier pequeña ocasión me deue escusar en el procurarme este bien. No lo haurá para mí tan grande en la uida como si vuestra señoría se dignare tenerme por su seruidor, que con esto me persuadiré que soy para algo, que assy tengo que lo es aquel librito mío de los Príncipes de España, después que me dixo mi sobrino hauía mereçido leerse de vuestra señoría. Ya oso esperar de ello que no rechaçará vuestra señoría el otro de la situación de España que espero con el ayuda de Dios poder embiar presto a vuestra señoría para fauorecello de su muy

illustre nombre y amparo, pues de ahy ha de rezebir la obra todo el valor y lustre y seguridad de los daños del oluido.

En la otra mía di cuenta a vuestra señoría de mi venida acá, forzada para procurar remedio a ciertas insolencias y fuerças que el official metropolitano hazía contra mí por exequitar yo cierto rescripto y comisión que Su Santidad me comettió. Tendré ya hecho esto para después de la quaresma, plaziendo a Dios poder tornar a mi casa si no me mandasse vuestra señoría reverendísima hazer otra cosa, que de poder hazer algún officio, como a muy particular seruidor de essa casa rezebiré siempre muy gran fauor y merced y osaré dezir que mi affiçión merece alcançar esto de mano de vuestra señoría, cuiá reverendísima y muy illustre persona y estado nuestro Señor guarde y accreciente.

De Roma, a 2 de henero 1556.

De vuestra señoría reverendísima, muy cierto seruidor que sus muy illustres manos besa, el canónigo Francisco Taraffa.

Valentín Moreno Gallego

SUPER LIBROS REALES: GUÍA PARA LA IDENTIFICACIÓN HERÁLDICA EN LA REAL BIBLIOTECA

Madrid, Patrimonio Nacional, 2009

Juan Antonio YEVES ANDRÉS
Fundación Lázaro Galdiano

Si pródigo fue el empeño comenzado hace años con la base de datos de encuadernaciones de la Real Biblioteca, de plausible puede calificarse este nuevo paso encaminado no solo a facilitar la investigación sino también a la formación de profesionales.

Cuando una institución cuenta con un rico patrimonio artístico y cultural sus rectores deben procurar incrementarlo, custodiarlo, difundirlo y también deben orientar sus esfuerzos hacia la investigación y la formación. Este es el camino que inició la Real Biblioteca, institución que cuenta con un conjunto excepcional de encuadernaciones heráldicas, en una primera etapa con los trabajos de Matilde López Serrano y ahora con el nuevo impulso en el que se aventuró hace tiempo María Luisa López-Vidriero, y que debemos agradecer quienes tenemos que catalogar otras colecciones de encuadernaciones y todos aquellos que se propongan realizar cualquier estudio sobre este arte minoritario.

Los fondos existentes en la Real Biblioteca, y esta orientación, han condicionado el contenido de este volumen, que pretende ser una guía o instrumento útil para la identificación heráldica en esta prestigiosa institución, como aclara el subtítulo.

De la encuadernación en España se han ocupado bibliógrafos, bibliófilos, bibliotecarios y encuadernadores en trabajos muy meritorios pero muy especializados y puntuales, por eso, tal vez, la carencia de estudios como los realizados en países de nuestro entorno europeo se deba al poco interés que ha suscitado esta materia en ambientes universitarios y a la falta de un proyecto colectivo. De ahí la importancia del Seminario internacional sobre *Bases de datos de encuadernaciones históricas: perspectiva europea*, celebrado en mayo de 2007 en la Real Biblioteca, que se planteó «como una plataforma de encuentro que facilitara un diálogo interprofesional europeo sobre el desarrollo actual de las bases de datos de encuadernación histórico-artística».

Uno de los aspectos casi inéditos es el de la heráldica en el libro español, porque no ha sido materia atractiva para los especialistas en heráldica y no ha seducido a los estudiosos de la historia del libro, tal vez por la terminología tan específica y la rigidez de las normas de esta ciencia. Queda también mucho por hacer en el estudio sobre la encuadernación en España y seguiremos reclamando trabajos documentados a partir del examen minucioso de las obras y de investigaciones en archivos. Por eso la aparición de este libro, riguroso en su elaboración y cuidado en todos los detalles, es un acontecimiento reseñable no solo por su contenido sino también por las sugerencias que suscita.

Por otra parte, esta publicación es una prueba más de la generosidad de Valentín Moreno Gallego con su tiempo y con su saber. Doctor en Historia Moderna por la Universidad Complutense de Madrid, en 1998, y técnico superior en Fondos Bibliográficos de Patrimonio Nacional, Premio Pastor de la Fundación Pastor de Estudios Clásicos en 1999 por su tesis *Juan Luis Vives en la España moderna*, ha publicado además otros trabajos sobre Luis Vives o Juan de Mariana y tiene estudios sobre los fondos de la Real Biblioteca, que son buen aval para este trabajo en el que da muestras de su conocimiento de los fondos bibliográficos de la institución y de su dominio en esta materia, que se había olvidado en España durante muchas décadas, a pesar de aquel temprano artículo del Marqués del Saltillo que vio la luz en la *Revista española de arte* (1934-1935).

El volumen tiene cuatro capítulos diferenciados, el primero contiene unas «Cuestiones previas sobre la heráldica en la encuadernación», donde Valentín Moreno, dando buena prueba de sus conocimientos de heráldica y teniendo a mano la riquísima colección de la Real Biblioteca, demuestra que no siempre la presencia del escudo en una cubierta es señal de pertenencia a determinado propietario. El muestrario disponible y el examen detenido de las obras, con los datos del ejemplar, con el apoyo en refe-

rencias tomadas de la documentación allegada, le permite presentar ejemplos que respaldan sus conclusiones. Se detiene a continuación en «La heráldica en las encuadernaciones del siglo XVII en la Real Biblioteca», pues la institución cuenta con muy buenos ejemplos franceses que permiten analizar sus particularidades y la influencia en la encuadernación española. El tercer epígrafe está dedicado a algunas «Consideraciones sobre la heráldica real hispana en la Real Biblioteca», aquellas que se pueden concluir a partir del extraordinario depósito palatino y que permiten al autor trazar la trayectoria de la heráldica en la encuadernación de los siglos XVIII y XIX en los siguientes titulares: «Los modelos heráldicos de Felipe V: Pervivencias y novedades», «La aparente continuidad de Fernando VI y el protagonismo de los timbres», «El reformismo heráldico de Carlos III», «Carlos IV y la evolución de los modelos heráldicos reales», «El mantenimiento del blasón frente al auge de la cifra bajo Fernando VII», «Isabel II, Alfonso XII y la reiteración de los modelos heráldicos reales» y «Alfonso XIII y su clasicismo innovador. Épocas posteriores». En el último capítulo se ocupa de «Algunos aspectos de la heráldica real femenina en las encuadernaciones palatinas». Como señala el autor, la presencia de escudos de mujeres en las cubiertas es tardía pero, desde el siglo XVII, con cierta frecuencia encontramos algunos partidos, acolados o en boca de losange, aunque esta última forma también la vemos en las armas que identifican a religiosos o ciudades, especialmente de la corona de Aragón.

Las notas frecuentes que aparecen a lo largo del texto remiten a comentarios, reunidos al final, en los que encontramos referencias bibliográficas actualizadas y útiles para la materia tratada y para otras disciplinas relacionadas con la historia del libro.

No podía faltar un glosario de términos heráldicos que facilita la consulta del volumen y acrecienta el valor de este trabajo, pues, de otra manera, los lectores deberían tener a mano un diccionario especializado en esta materia.

Finalmente, las láminas que ilustran la obra, de extraordinaria calidad, constituyen un instrumento valioso para comprender ciertos aspectos que podrían quedar oscuros y hacen más comprensible la descripción de escudos, piezas o figuras que se encuentran en las encuadernaciones heráldicas descritas.

Cabe una observación referente a la palabra que encabeza el título del libro y que no afecta a su contenido: se puede encontrar de distintas formas, desde «super-ex-libris» y «supralibris» o «superlibris», pasando por «super libros», expresión utilizada en este caso, hasta «supralibros» o «superlibros»; aunque no hay acuerdo establecido y ninguno de estos términos figura en el *Diccionario*, compartiendo el criterio de Huarte Morton, parece más correcto conceptual y gramaticalmente emplear la forma «superlibros» aunque se podría usar también «supralibros».

Después de recordar esta cuestión, sin resolver por ahora, concluiremos señalando que, sin duda, los objetivos propuestos se han alcanzado con creces, pues esta *Guía* es una herramienta muy útil para la identificación heráldica en la Real Biblioteca. No solo eso, tiene un mayor alcance, pues permite superar algunos de los muchos escollos que encontramos –quienes nos ocupamos de esta materia y aquellos que deseen acercarse a ella por afición– en estas cubiertas de libros en las que se une el arte de la encuadernación y la ciencia de la heráldica.

EX BIBLIOTHECA GONDOMARIENSI

GONDOMAR Y LA EDICIÓN DE LAS RELACIONES UNIVERSALES DEL MUNDO DE BOTERO
(VALLADOLID, HEREDEROS DE DIEGO FERNANDEZ DE CORDOBA, 1603) [*]

El propietario de una colección bibliográfica es un agente de la lectura y de la escritura. Como facilitador de fuentes desempeña una función primordial en la sociedad nobiliaria y estamental moderna al satisfacer, como en el caso del préstamo de las crónicas, otros intereses tangenciales al histórico que pueden ser relativos a la genealogía y la reconstrucción de los árboles familiares. Como promotor de obras, manuscritas o impresas, su función tiene la misma importancia en el complejo mundo administrativo en el que se enmarca la edición en el Siglo de Oro.

Actuar como agente de la escritura y de la edición es una actividad frecuente y propia del estamento nobiliario y de los cargos de la administración bien estudiada; las investigaciones sobre mecenazgo y paratexto en este periodo forman hoy una bibliografía sólida y nutrida. En este sentido, hay que considerar la influencia decisiva del conde de Gondomar en lo que toca a la escritura de la historia de reinos y valorar su taller historiográfico, estudiado por Andrés Escapa [2002] y Rodríguez Montederramo [2002] a propósito de Prudencio de Sandoval, Juan Benito Guardiola y Pedro de Ojeda. La librería de la casa del Sol ostenta esta condición de espacio privilegiado de actividad porque concentra y documenta el largo proceso que suponía un proyecto de escritura y edición. Una de estas promociones, la traducción de las *Relaciones Universales* de Botero, es especialmente significativa, más allá del interés del autor porque a través de ella se reconstruye la complejidad de un proceso de patronazgo y la necesidad de la intervención del mecenas en las diferentes fases intelectuales y materiales que, por dilatarse en el tiempo, exigen que el mantenimiento del favor se prolongue o se adapte a la velocidad que marcan los cambios políticos.

Las *Relaciones universales del mundo de Juan Botero Benes*, editada por hombres del entorno de Gondomar –Antonio López de Calatayud, como impulsor intelectual, Diego de Aguiar, cotraductor, y el impresor y librero Martín de Córdoba– permite

reconstruir un proceso como éste a través de la correspondencia de Diego Sarmiento de Acuña.

Publicada en 1603, aunque con colofón de 1599 en una edición con múltiples estados, la preparación de la obra se remonta a años atrás. El resultado impreso, dedicado a Lerma y ostentando sus armas en la portada, evidencia tanto los problemas del proceso de impresión como el cambio de signo en la concepción de la edición.

Antonio López de Calatayud (1557-c. 1633), es, como Gondomar, un cargo público: contador de la Casa de Contratación de Sevilla, regidor de Valladolid, corregidor de las 17 villas de San Clemente, oidor de Guatemala. Se identifica en la correspondencia de don Diego, como una de sus relaciones librarias más sostenidas.

Es en marzo de 1597, cuando López de Calatayud le insiste a don Diego para que no olvide comprarle en Madrid los libros de Botero y el de Esteban de Garibay, *Ilustraciones genealógicas de los Reyes Católicos*, impreso hace un año en Madrid por Luis Sánchez que, sorprendentemente, parece no poder conseguir en Valladolid. En setiembre de ese mismo año, Gondomar ya tiene casa en Toro; como le recuerda López de Calatayud eso es lo mejor que tiene el oficio de corregidor. Dispone ya de un aposento para los libros y de agua fresca en una linda habitación de la casa que ocupa. Don Diego le presta sus libros —cabe pensar que relacionados con su trabajo sobre Botero, aunque no se citan—, que se compromete a devolver escrupulosamente porque, como dice su interlocutor, siempre es preferible hacer ese esfuerzo de memoria ya que no es barato arriesgarse a ser tachado en la lista de afortunados prestatarios del entonces corregidor de Toro.

La edición de las *Relaciones* de Giovanni Botero en español que López de Calatayud tiene en marcha, le está exigiendo ampliar sus lecturas. De esas fechas es una «Memoria de libros en portugués» que López de Calatayud espera recibir desde Lisboa [*vid.* edición *infra*]. Esa lista, que comienza concretando autores y obras —João de Barros y Hernán Lope de Castanheda, y sigue con una desiderata general sobre la materia de historias de las Indias portuguesas, historias particulares, crónicas portuguesas—, tiene varios puntos de interés: la especificación de que importa todo lo que no haya sido traducido al español; lo que se excluye porque ya se tiene, la mediación de un librero vallisoletano —Martín de Córdoba, agente de don Diego— con un encargado en Lisboa capaz de hacer el trabajo deprisa y bien, una retribución que alcanza a todos los trabajos, y, evidentemente, lo más significativo: la memoria de los libros encargados a Lisboa para Antonio López de Calatayud conservada por don Diego Sarmiento, revela su interés en una serie de títulos que sirven para completar una materia en su librería con la que tenía una relación personal.

El interés que Portugal tiene para el conde de Gondomar queda reflejado en su correspondencia y se confía en el seguimiento bibliográfico de su librería, donde según el inventario de 1623 faltan, sin embargo, muchos de esos libros citados en la Memoria de López de Calatayud, lo que permite pensar en la utilidad bibliográfica que podría alentar en su conservación entre los papeles de don Diego.

En 1597, la edición de las *Relaciones* de Botero ya estaba en marcha: López de Calatayud había firmado un contrato con Diego Fernández de Córdoba para imprimir las *Relaciones* y le había entregado tres mil setecientos reales y quinientas cincuenta resmas de papel. Con el platero Hernando de Solís también había contratado las planchas y la estampación de los cuatro mapas.

Como es habitual, los preliminares literarios son los últimos en producirse. A finales de 1597, López de Calatayud se regocija con las buenas pascuas que le va a dar el conde de Gondomar: un soneto, un prólogo y una carta para la edición de las *Relaciones*. Cosas que alivian y descansan en vidas tan azacaneadas como las de los servidores de la corona. Don Diego también corrige el texto de una dedicatoria en la que el nombre del dedicatario no figura pero que, evidentemente, no debía ser Lerma. De mano de Gondomar están las correcciones a ese futuro preliminar.

Pasada la Navidad, llega el agradecimiento por el prólogo y la carta, una de las mejores cosas que hasta ese momento ha visto López de Calatayud. Irán en el libro que pronto se empezará a imprimir. Versificar, sin embargo, exige más tiempo que las dos semanas que le ha llevado a Gondomar despachar el prólogo y la carta; pero para el soneto hay tiempo.

En 1598, Diego de Aguiar, abogado de la Real Audiencia y traductor de las dos primeras partes de las *Relaciones*, confirma que está de acuerdo con el proemio y asegura a Gondomar que acelerará la traducción y la impresión de la obra. Se conserva ese prólogo, redactado por López de Calatayud y revisado por Gondomar. Su texto añadido al margen por escribano lleva sobrepuesta una última corrección de la inequívoca mano de don Diego. Es una reflexión sobre el alcance de la obra de Botero y la significación de su traducción, un reconocimiento de la monarquía hispana y un elogio a la figura del rey —es la parte en la que interviene Gondomar matizando el texto de López de Calatayud— que gobierna con tanta suavidad y buenas leyes «que más parecen estos estados república libre que reyno sugeto a monarcha».

Los problemas con la imprenta fueron evidentes: tres años más tarde, en 1600, López de Calatayud firma un acuerdo con Martín de Córdoba para tener en comisión, vender y administrar mil seiscientos ejemplares de las *Relaciones* y le otorga el poder para averiguar las cuentas pendientes con los herederos de Fernández de Córdoba y con el grabador. Solo tres años más tarde sale el libro. Evidentemente, el primer pliego, portada, preliminares legales y literarios se tiró entonces, pero como en el transcurso de

esos siete años las conveniencias políticas y de mecenazgo debieron aconsejar el cambio del proemio y la dedicatoria a Lerma, se hicieron modificaciones que afectan al primer cuadernillo [Rojo Vega 2007, 327]. La fecha de los preliminares legales que se obtienen como últimos –fe de erratas y tasa– es 1600.

El prólogo de Diego de Aguiar en el impreso no conserva ningún rastro del texto que se da a conocer en este número de *Avisos*. El que se imprimió finalmente tiene un carácter más erudito. La intervención de Gondomar –carta, prólogo y soneto– no aparecen en la edición.

La corte en Valladolid y Lerma en la cumbre del valimiento fueron razones suficientes, dentro de la lógica de la sociedad cortesana moderna, para comprender que la primera traducción al español de un tratadista político de la importancia de Botero tenía que ir bajo el nombre de Sandoval.

PRÓLOGO MANUSCRITO A LAS *RELACIONES UNIVERSALES DE BOTERO* (1597)

II/2163, CARTA 282

Siempre he deseado valer para emplearme y ser de provecho en algo que, parciéndome que en nada podía hacer mayor bien a mi nación que en comunicar a estos Reynos, patria mía, las presentes Relaciones de Juan Botero traduciéndolas en español para que todos pudiesen gozar dellas. Empecé esta empresa por tener por cierto que han de sacar deste mi trabajo fruto grande todos estados de gentes, porque los príncipes y ministros suyos, particularmente los que tratan del gobierno, guerra y estado, tendrán en ellas un dechado y desinio por donde poder guiarse, pues en ellas se les da noticia del sitio y calidades de las tierras, del poder, grandeca y riqueza de los reynos, del estado de la religión, con otros nuevos exemplos y preceptos importantes. Y para los que no metemos tanto las manos también nos serán de provecho y servirán de echar de ver lo mucho que debemos a Dios y al Rey nuestro señor, que nos mantiene y sustenta en la pureza de la religión cathólica, en paz y en justicia, gobernando con tanta suavidad y buenas leyes que más parecen estos estados república libre que reyno sugeto a monarca (1). Porque aunque las ocasiones que han ocurrido en estos tiempos de defensa de la fe an sido tantas, tan grandes y tan forcosas que an necesitado al rey nuestro señor como tan cathólico príncipe a oponerse a la defensa de la causa de Dios, y consecutivamente a valerse de sus súbditos, con todo no se puede estimar ni echar de ver lo que le debemos y el bien que gocamos, si no discurrendo por lo que passan las demás naciones, que son tantos los trabajos y tan inmensos que aún leydos ponen terror y espanto. Y así me ha parecido que ha de ser esta obra importantíssima y de gran consuelo, y de ayuda también para que los príncipes cathólicos escarmienten y huyan de consentir novedades en sus tierras, en especial tocantes a materia de religión, pues verán los peligros y trabajos en que an caydo reynos poderosísimos, assolándose y arruinándose del todo, o a lo menos quedando sus señores con tantas aflicciones y miserias como si no lo fueran. Pues además de lo dicho, no sé yo cosmografía tal qual aquí del mundo y de todas sus partes se demuestra, que aunque no es este su principal intento lo trata con gran particularidad; ni en dónde se pueda echar de ver lo mucho que valen y merecen los que se emplean en reducir almas y traerlas al rebaño de la yglesia, fuera de que tengo por cierto que quien con atención leyere y attendiere a aprovecharse de lo que dize, bastara para hacerle bien ablado y para ser tenido por hombre plático, y de discurso, y que atiende a procurar tener noticia de las cosas.

Y porque querer referir todos los provechos que espero se an de seguir deste mi trabajo sería menester hacer un libro mayor que el presente, remito el considerarlos al que con atención le leyere. Helas añadido en algunas partes, aunque en pocas, porque se puede mal hacer por estar comprendido en ellas todo lo que se pudiera decir en otro mucho mayor volumen.

Y por ser esta obra tal que requería mayor caudal y tiempo más desembarcado que el que yo tengo, quise, así por esto como porque no me ganase otro por la mano, valerme de la amistad y merced que me hace el licenciado Diego de Aguiar, abogado desta real audiencia, cuyas letras y erudición y noticia de las historias es tan conocida que si se pudiera comparar alguno a su principal autor fuera él el uno, y así quise echar mano de persona de tantas partes y prendas encargándole la traducción de la primera y segunda parte, sirviéndole yo como de corrector. Y en la tercera, aunque es cosa mía, espero que saldrá de manera que pueda parecer, porque como temeroso he querido que todo pase por su mano y de otras personas doctas y de buen parecer en todo. Y si con todo fueren algunas faltas, será justo que se perdonen por el gusto y provecho que se sacará deste libro, pues en el todo de la obra estoy cierto que no ay ninguna, ny tanpoco en la traducción de la primera y segunda parte, si ya no lleva algunas de lo poco que llevan mío.

Estaba determinado de no sacar a luz si no todas tres partes juntas, mas por condeçender con ruegos de personas que pueden mandarme, que an deseado que dé principio con brevedad a este intento, y si ubiera de aguardar a sacar juntas no fuera posible dexar de passar algún tiempo, he querido obedecerles imprimiendo sola esta primera para ver también cómo es recibido mi desseo, que si veo que se acepta como mi voluntad mereçe, no solo esta obra saldrá cumplida pero espero emprender otras que por ventura serán agradables. Quedamos entrambos dándonos prisa a poner en perfección las dos partes que restan y aguardando otros trabajos del mismo autor para ponerlos en lenguaje y estilo acomodado para que todos goçen dellos. Y en pago de mi buen çelo, solo suplico que se acepte mi voluntad y se perdonen mis faltas, que es fuerza que aya algunas por ser tan propio del hombre el errar. Mas el que topare con ellas fraternalmente las corrija dando aviso dello para que se enmienden, porque hacerlo de otra manera ni

es justo ni permitido a personas que se preñan de tener buen trato. Este libro pienso que es de los que no llegarán a manos tales y así estaré seguro de que no me ofenderán sino que echando de ver que pido cosa razonable, me harán la merced que suplico.

(1) Y poniendo esta obra y todas las que yo hiziere [*cancel.*: debajo de la corrección de la sancta madre yglesia], pasemos a dar principio a la traducción.

MEMORIA DE LOS LIBROS EN PORTUGÜES QUE EL SECRETARIO GABRIEL GÓMEZ ENVIA A LISBOA
PARA QUE SE ADQUIERAN A BENEFICIO DE DON ANTONIO LÓPEZ DE CALATAYUD (1597). II/2151, 274

Primeramente la Europa, la África y la 4ª Década de Asia y el intitulado Santa Cruz que trata de la tierra del Brasil. El libro del comercio y la universal geografía en latín del mismo. El 9 y 10 libro de la historia de la Yndia echos por Hernán Lope de Castanheda. Los demás libros de Relaciones o storias de la Yndia o corónica de los reyes de Portugal o otras storias particulares de otras cosas que no las aya en español, tomaré todas. Trayanse que se pagará aparte el coste, menos los siguientes que tengo yo: la Vida y feitos del rey don Joan 2º y la Corónica del rey don Manuel y la del condestable don Nunno Alvarez Pereyra y los comentarios de Alfonso de Alburquerque y la Lusíada de Camoens y el suceso segundo cerco de Diu y la Corografía de Barreyros y el Comentario do cerco de Goa y Chaul, ho preste Juan das Indias por Francisco Alvarez. Ame de hacer merced el Sr. Martín de Córdoba de enviarme presto libros por manos de persona que lo haga bien y tenga en Lisboa, hombre curiosso y cuidadosso, y procurar que benga con brevedad y quedar de acuerdo cuándo tendremos respuesta de los que ahí se hubieren comprado y anse de recibir, que yo pagaré el coste y más el trabajo y encomienda y costes muy cumplidamente.

REFERENCIAS

ANDRÉS ESCAPA, Pablo, «Historia de unos papeles: el legado manuscrito de Guardiola en la librería de Gondomar. Nuevas aporaciones a su biografía y a la escritura de la Historia de San Benito el Real de Sahagún», *El Libro Antiguo Español*, VI, 2002, pp. 13-36.

RODRÍGUEZ MONTEDEERRAMO, José Luis, «Gondomar y la historia del reino de Galicia», *El Libro Antiguo Español*, VI, 2002, pp. 321-364.

ROJO VEGA, Anastasio, *Datos sobre América en los protocolos de Valladolid, siglos XVI-XVIII*, Valladolid, Ayuntamiento, 2007.

(*) Extracto de: María Luisa LÓPEZ-VIDRIERO, «Asiento de coronas y distinción de reinos: librerías y aprendizaje nobiliario», *Actas del Congreso Poder y saber. Bibliotecas y bibliofilia en la época del Conde-Duque de Olivares* [en prensa].

MEMORIAS DE UNA HOGUERA

Pablo Andrés Escapa

El primer copo vino a morir sobre un pliegue del capote. El muchacho detuvo el paso para admirar aquella memoria frágil con que la nieve se despidió del mundo antes de hacerse agua. Volvió a caminar, ahora con el corazón algo agitado por el mal augurio que le alcanzaba cruzando montes, casi de anocheada y poco seguro del camino. ¡Cuántas veces soñó él con ser testigo de una nevada! Cuando lo destinaron a aquellas sierras fue lo primero que pensó. De soles y playas sabía de sobra, y hasta de echar redes donde el mar lo pide, pero de ese milagro del campo puesto de blanco no tenía más idea que la de los calendarios ilustrados. Un copo nuevo se apagó sobre la puntera de una bota, y en seguida vino otro a llorarle en la mejilla. El chico apresuraba el paso y los oídos se le llenaban de un silencio también desconocido. Tan sagrado era aquel recogimiento con que moría la tarde que crecía la ilusión de que podía oírse nevar. Ni siquiera sonaban las pisadas, igual que caminar por un sueño.

De tales fantasías lo despertó un aullido. Y el frío. Venían enredadas en el mismo aire aquellas dos amenazas, la de las bestias voraces y el cielo turbio. El muchacho se embozaba en el capote y casi corría por donde la luz moribunda de diciembre le dejaba ver el sendero. Si es que era ése el sendero, que la voz del señor Francisco bien había advertido lo igual que parece el monte a quien lo desconoce. Y entonces, ¿por qué no había ido él a cumplir con aquel servicio? «No tiene pérdida» —le había asegurado en la oficina—. «Tú no pierdas de la derecha el pico la Estrella». Y tanta pérdida y tanto perder parecían ahora de mal agüero, ahora que no había horizonte por el que guiarse en medio de la tormenta ni estrella que seguir. Debí protestar, pero ni un mes llevaba de servicio, y afeitándose ni dos días, como para andarle con renunciadas al señor Francisco. Además, lo que él dijo, con aquella voz que no admitía sublevaciones: «Esta carta hay que entregarla hoy. La mujer lleva esperando noticias casi un año». Pues entonces igual daba tardar dos días más en llevarle la correspondencia. A buenas horas se le ocurría la disculpa. Sin aflojar el paso tanteó en el bolsillo bajo el capote y puso el sobre ante los ojos: «Milina Castro Brañas», ponía con letra de mala factura. La señora Emilia, que decía el señor Francisco. Allí todos se conocían y se trataban con respeto. Igual que cuando él pescaba con su padre y los hombres se llamaban de usted: «Marcos, pásame un cabo», «señor Ramiro, coja de ahí». Al llegar a tierra se apeaba el tra-

tamiento. Sería el respeto que daba el mar, o el oficio. La carta venía nada menos que de Panamá, volvía a fijarse en el matasellos. Pues nada, no iba él a ahorrarle los últimos kilómetros a mensaje tan esforzado.

Llevaba el muchacho unas cuentas cada vez más inseguras de las indicaciones oídas en la oficina. Qué fáciles parecían los rumbos hacía tan solo unas horas, junto a la estufa de leña. Hasta paró a comer con calma, fiándose del cielo benigno al mediodía. Ahora tocaba correr contra las horas y arañarle a la noche sus sombras y sus aullidos. La nieve que empezaba a cuajar ya no era el feliz encuentro alentado al sol poderoso del puerto, mientras se descargaba la pesca. Bien se lo habían dicho cuando se empeñó en dejar todo aquello: «vas a acordarte de este cielo tan limpio». Y era verdad. Quién pudiera saludar ahora al lucero de la tarde por encima de los mástiles dormidos.

Notaba los pies helados y el frío iba imponiendo su voluntad de detenerlo todo. En un mal paso resbaló y se hizo daño. Cada vez resultaba más penoso caminar, con aquel ardor hinchando la rodilla. Parecía que todo se concertaba en contra de las buenas intenciones. Le daban ganas de volver por donde había venido, si es que era capaz de desandar lo hecho. ¿Y si estaba ya más cerca del destino? El señor Francisco le había dicho que el viaje no eran más de dos horas y eso llevaría él de camino. ¿Estaría yendo por donde debía? Ahora dudaba si el roble grande —así, sin más atributos que lo distinguieran de la demás arboleda—, sería el árbol que él había tomado como referencia cuando se desvió. Y después estaba lo de la fuente donde había que dejar el sendero para ir a encontrar una trocha por la que se atajaba. ¿O era un pozo? Se hacía la memoria más vacilante en medio de la tormenta y el chico se detuvo a mirar alrededor. Escapaba el día entre los copos pero aún dejó la penumbra noticia de una oscuridad más densa, al pie de unos peñascos.

El muchacho se acercó rezando: que el miedo, o acaso la fiebre que le nacía en la rodilla herida y le llenaba de latidos el cuerpo entero, no le hiciera ver lo que no había. Rogaba él por una cueva y se le dio una grieta humilde, una hendidura en la peña que servía de amparo a un suelo lleno de hierbajos. Allí se recogió, temblando de frío y de gratitud.

Sentado en aquel refugio el muchacho veía nevar. Los pies le dolían cada vez más de frío y temía que el reposo, ¡ay burlas del destino!, le enfriara la rodilla. ¿Y si luego no podía andar? Arrancó las hierbas que tenía más cerca y las amontonó bajo el saliente de piedra. Urgido por moverse, salió fuera otra vez y quebró escobas y partió ramas con las manos. Cuando se agachó junto a la cosecha que debía alimentar el fuego, sudaba. Malgastó una cerilla, y dos, y tres, que solo produjeron un humo muy gris y muy espeso. Aquella hoguera pedía una chispa más perenne para nacer. Se acordó del cigarrillo, el que guardaba para la vuelta. Lo encendió y con ávidas caladas animó su brasa. Cuidadosamente lo arropó entre las hierbas. Con esa lentitud que delata las penurias físicas, se tumbó en el suelo para avivar soplando aquel minúsculo corazón de fuego. Y por fin brotó la llama.

La noche prematura hacía más vivo el fulgor de la hoguera. Pero eran llamas alocadas, que habían devorado los hierbajos en un santiamén. Se agotaba aquella alma fogosa antes de hacerse firme entre el ramo de escobas. Todo se iba en chisporroteos y humareda por el aire. El chico estaba angustiado pensando en cómo estirar la vida de la lumbre. Y de pronto se acordó. Se acordó de la carta que guardaba en un bolsillo, bajo el capote. La sacó con prisa y antes de pensar lo que hacía ya había rasgado el sobre y echado ese recorte sobre las tibias ascuas, que parecieron renacer. No podía descuidarse y rompió otro borde, y luego otro, y pasó a destrozos mayores que alcanzaron a destripar el sobre y a echar al fuego la mitad menos vistosa. La verdad es que daba pena quemar lo de delante, con aquel sello tan bonito. Vaya un respeto, pensaría el señor Francisco cuando se enterara. Se animaba otra vez el fuego y ya empezaban a florecer llamitas como lágrimas en los tallos más finos de la escoba. El chico sujetaba tres pliegos de letra menuda en la mano sin saber qué hacer. Bien se veía que el de Panamá había esperado mucho a dar noticias: «Querida madre, Dios la guarde al recibo de ésta, que va ya para nueve meses de mi ausencia...», y por allí iban discurriendo nuevas de un viaje en barco, con recuento de olas y mareos, y luego venían palabras para decir los peligros y el calor de aquellos páramos, tan distintos de los montes familiares, y el esfuerzo de los hombres abriendo brecha en la selva para hacerle sendero al mar. Iba a ser cosa de ver aquel paso cuando estuviera abierto. Un día, a él y a unos cuantos más, les había explicado un ingeniero, aprovechando una rodera encharcada del suelo y una monda de naranja que hacía de barco, cómo el agua era capaz de levantar más de treinta metros a un buque de cien toneladas. El chico iba leyendo con prisa porque el fuego pedía más materia para asentarse. Y así, cuando las llamas fueron ya firmes en la escoba y de ahí extendieron su dominio a las ramas cortadas que ponían techo a la hoguera, centenares de hombres habían muerto de fiebre y otros agonizaban a diario, todos recordando alguna cosa perdida en la lejanía que habían dejado atrás por ganarse unos pesos, lo mismo un nombre querido que unas promesas olvidadas en un baile, un día de fiesta. Y ardicieron también letras para consolarse de fatigas: un corte de machete le había dejado sin dos dedos en un pie. Al menos la herida le había valido para descansar en la enfermería de tanta miseria. Y para jugar a las cartas durante el reposo. Ahora estaba el problema de cómo se valdría al salir, porque allí no faltaba a quien mandar y a un lisiado no lo querían donde mejor se pagaba. Pero ya había hablado con uno que tenía mano con los jefes para que, por lo menos, le dejaran en alguna de las cocinas. Cualquier cosa antes que volver igual de pobre que había ido.

La última hoja de la carta se consumió sin vacilaciones, en la soberbia de un fuego seguro que ya no guardaba agradecimiento por la entrega. El chico notó que se le calentaban los pies, por fin. Y las manos y el pecho. Perdido en las llamas, se acordó de lo que le faltaba: otras noches como aquella, pero bien cálidas y con el arrullo del mar al fondo. Sobre la mesa, la fiesta del arroz con

los pescados, la alegría del vino familiar y las canciones. ¿Cómo era aquello que entonaba su tío? Algo de unos marineros que remaban hasta el Portal. Se frotaba la rodilla hinchada mientras la memoria lamía dulcemente las heridas. Y aquella friega absorta pareció extenderse fuera de la grieta donde él yacía para ablandar los pliegues de la noche hasta abrirlos poco a poco y que se vieran las estrellas en el cielo. De pronto se dio cuenta de que había dejado de nevar, de que había luna y se extendía su candor sobre la tierra inmaculada. Parecían seguros los caminos en la noche blanca y saliendo del refugio divisó, al fondo de una hondonada, una lucecita. Ahora el pico la Estrella resplandecía bajo los cielos abiertos, a la derecha mirando valle abajo, como había dicho el señor Francisco que había de ser. Y el muchacho, alumbrado por la luna, cojeó monte abajo, como un torpe insecto atraído por la luz. A su espalda, fue enrojando la hoguera hasta ser solo una memoria de ceniza.

Llamó a la puerta. Dentro no se oía un ruido pero aquella era la casa. Otra no podía ser. Tenía sobre la entrada el farol que le habían dicho, la luz que se ahondaba en la noche desde que el hijo cruzara el mar. Volvió a tocar sobre la madera, con más fuerza. Oyó unos pasos que se acercaban y la voz de una mujer que preguntaba desde dentro. Vaciló él un momento antes de responder pero enseguida le vibró la voz en la garganta, orgullosa de triunfar tan cumplidamente sobre la intemperie.

—Soy el cartero.

La mujer no dejaba de escuchar a aquel joven. Le había puesto asiento y una manta sobre las piernas, que aún temblaban cuando entró. Le oía ella hablar con las manos juntas sobre el pecho, como si amparase al corazón de tantas emociones. Poco a poco fue arrodillándose junto al recién llegado, al que las llamas del hogar le ponían resplandores en el rostro. Y casi se diría que en la voz, que sembraba noticias luminosas del hijo ausente, de cuánto lo querían en Panamá y de cómo lo buscaban todos, que siempre tenía palabras de consuelo para quien las demandaba en medio de aquellas fatigas. Hasta dio ejemplo de entereza cuando se cortó con un machete y siguió yendo a trabajar, que todo su empeño era que se acabara pronto la obra. Bien sabía él que poner fin a aquella empresa era redimir del sufrimiento a cuantos trabajaban. No era extraño que los ingenieros del canal le tuvieran prometido un sitio de preferencia para él y su madre cuando se diesen la mano los dos océanos. Juntos iban a disfrutar de aquel milagro en primera fila, si no era a proa del primer barco que cruzara. La mujer asentía a cada palabra y había un brillo en sus ojos, una fe hecha de lágrimas contenidas que animaba al cartero a seguir extendiendo aquella buena nueva, la del abrazo de los mares por obra y gracia del hijo ausente. Y lo que iban a agradecerlo los pescadores de medio mundo, se le ocurrió añadir, que antes tenían que dar la vuelta entera a América para volver con el pescado.

Quedó la casa en silencio tras tanta promesa de venturas. La mujer levantó los ojos hacia el muchacho. Crepitaba la lumbre del hogar como un responso que se perdía chimenea arriba, hacia la noche inmensa. Y habló la señora Emilia como los náufragos que piden una tabla, aunque sea pequeña, para afianzarse sobre tanto mar. ¿No había quedado nada de la carta que pudiera ella tener? El muchacho se levantó de la silla donde le habían sentado con mucha cortesía y buscó en lo más hondo del capote. La mujer se puso en pie para recibir lo que una mano temblorosa le ofrecía. Sobre un trozo de papel leyó su propio nombre, escrito con una letra tosca y esforzada. Los ojos no hacían más que ir y venir por aquella escritura, como si la acariciaran. También los dedos repararon los trazos y parecía que todos los movimientos los guiaban la dicha y la incredulidad.

—El remite también tuve que quemarlo —se disculpó el cartero.

Pero allí seguía la mitad más luminosa del sobre, la del destino que desea quien escribe, y triunfando de todas las tribulaciones, ahora lo veía ella, aquel sello en la esquina. Nada menos que la Virgen acunando al Niño. Y san José como embobado junto a ella. Si hasta asomaba la mula al fondo, y el buey, aún melancólico bajo el manchón de tinta del matasellos.

La mujer se llevó aquel trozo de papel a los labios y cerró los ojos. Al muchacho le pareció que su presencia interrumpía algún misterio sagrado y empezó a girarse hacia la puerta. Iba cojeando. Pero no había dado el tercer paso cuando oyó que le decían a su espalda,

—Usted se queda a cenar, que bastante anduvo ya por hacer buena la noche.

CON LOS MEJORES DESEOS DE LA REAL BIBLIOTECA PARA EL 2010

